

ma de su propia existencia , ó por lo menos no dejó en ellas mas que desaliento y horror.

Desde entonces , subiendo de punto la agitacion de su espíritu , se vió con pujanza para conmover todas las sociedades de mugeres , concitando sobre ellas con su turbulencia el rayo que las habia de herir mortalmente. Ya en 28 brumario de 1793 habia escitado una bandada de mugeres con gorros encarnados á invadir la entrada de la sesion del consejo general de la municipalidad. Su presencia dió lugar á una violenta conmocion , y se pidió que fuesen llamadas al órden: cubrióse el presidente , y habiéndose por fin restablecido algun tanto el silencio , el procurador general Chaumette , llamado Anaxágoras , con intencion de adelantarse al pensamiento de Robespierre , hizo la siguiente improvisacion: «Reclamo que se haga en el acta mencion cívica de los murmullos que acabamos de oir , en obsequio de las buenas costumbres y como afianzamiento de la república. ¡Y qué! ¡unos seres degradados , que quieren traspasar y violar las leyes de la naturaleza , han de entrar en los lugares encargados á la guardia de los ciudadanos , y ese centinela no ha de cumplir su deber! ¡Ciudadanos , vais á ejercer un acto grandioso de razon: el recinto donde deliberan los magistrados del pueblo , debe estar vedado á todo aquel que ultraje la nacion!—;No , esclama un miembro del consejo , la ley les permite la entrada!—Léase la ley , responde Chaumette ; lo que espresa la ley , es que se respeten las costumbres y se hagan respetar ; y lo que aquí observo es que se desprecian. ¿Y de cuando acá les es permitido á las mugeres abjurar su sexo y hacerse hombres? ¿De cuando acá está en uso ver que las mugeres abandonan las sagradas atenciones de su casa , la cuna de sus hijos , para presentarse en la plaza pública , en la tribuna de los oradores , en la barra del senado , en las filas de los ejércitos , para desempeñar unos deberes que la naturaleza tan solo ha conferido al hombre? Dígaseme , sino , ¿á quien ha confiado esta madre comun los cuidados domésticos? ¿Será por ventura á nosotros? ¿Acaso nos dió pechos para amamantar á nuestros hijos? Acaso nos dió una musculatura bastante flexible , que seamos aptos para los cuidados de la

choza , de la cabaña y de la casa? No ; al hombre le dijo : ¡sé hombre! la carrera , la caza , la labranza , la política , las fatigas de toda clase , he aquí tus atribuciones. Y dijo á la muger : ¡Sé muger! los cuidados debidos á la infancia , las minuciosidades caseras , los gratos desvelos de la maternidad , he aquí tus deberes. Pero tus asíduas ocupaciones merecen una recompensa : ¡pues bien! la tendrás , siendo tu la divinidad del santuario doméstico y la reina de cuanto te rodea mediante el invencible encanto de la belleza , las gracias y la virtud! ¡Mugeres imprudentes , que aspirais á ser hombres! ¿No podeis contentaros con vuestra suerte? ¿qué os hace falta? Dominais sobre todos nuestros sentidos ; el legislador , el magistrado , se humillan á vuestros pies ; vuestro despotismo es el único que resista á nuestras fuerzas , porque es el del amor , y por consiguiente el de la naturaleza. ¡En nombre de esta misma naturaleza , contentaos con lo que sois , y en vez de disputarnos los riesgos de una vida borrascosa , limitad vuestra ambicion á hacérselos olvidar en el seno de nuestras familias , cuando nos solazamos con la vista encantadora de nuestros hijos dichosos por vuestros cuidados! (Aquí las mugeres se quitan los gorros encarnados y vuelven á ponerse las cofias) ¡Ah! ya lo veo , añade el orador , ya veo que vosotras no quereis imitar á esas mugeres osadas que han perdido todo pudor ; hago justicia á vuestra sensibilidad , pero quiero enseñaros el abismo á que un momento de error os precipitaba. Recordad esas mugeres audaces , pagadas por las potencias estrangeras , que nos presentaron el ridículo cuadro de un traje de seda con un gorro de lana en la cabeza , y que mientras se estaba juzgando á los traidores de la patria promovian funestos trastornos en las plazas de Paris. Recordad esa muger altiva de un marido necio y falaz , esa Rolland , que se juzgó capaz de gobernar la república y coadyuvó á perderla. Recordad esa marimacho , esa muger honabruna , la descarada Olimpia de Gouges , que fué la primera en instituir sociedades de mugeres , quiso politiquear , y no hizo mas que cometer crímenes. Todos estos seres inmorales han sido anonadados por la cuchilla de la ley ; ¡y tratarais vosotras de imitarlas! Nosotros quereimos que las mu-

geres sean respetadas, y por lo mismo las obligaremos á que se respeten á sí mismas. ¿Qué satisfaccion podrian dar los magistrados á una muger, que se quejase de los desmanes de un jóven atolondrado, si él en su defensa alegára: He visto á una muger que tenia trazas de hombre, y no habiendo respetado en ella sexo alguno, he obrado con toda libertad? ¿No os haceis cargo donde iríamos á parar con tamaño trastorno de usos y costumbres? Y nosotros, magistrados del pueblo, nosotros que no hemos cesado de trabajar por la consolidacion de la república, no soltemos ahora las riendas del gobierno. En tiempo de la monarquía, las mugeres lo eran todo, porque los hombres no eran nada: véase Juana de Arc, que si llegó á ser algo fué porque Carlos VII no era hombre, y porque sus vasallos eran menos que nada.— Tanto como veneramos la madre de familia que cifra su felicidad en criar y cuidar á sus hijos, hilar los vestidos del marido y aligerar sus fatigas con el desempeño de los deberes domésticos, otro tanto debemos despreciar y escarnecer la muger sin vergüenza que se viste con la túnica viril, y trueca las gracias que le dió naturaleza por una pica y un gorro encarnado.— Reclamo que el consejo no reciba en lo sucesivo diputacion alguna de mugeres, sino en virtud de un acuerdo tomado al efecto, sin perjuicio de los derechos que tienen las ciudadanas de dirigir á los magistrados las quejas y súplicas individuales.» La proposicion de Chaumette quedó adoptada.

Échase de ver á las claras que al invocar estos lugares comunes, en que reina sin embargo extraordinario vigor y una particular inteligencia de las simpatías populares, el moderno Anaxágoras no tomaba en consideracion mas que la mitad de la cuestion. Mudar completamente el papel de las mugeres, hacer que todo lo abandonasen para absorber su existencia en los intereses del estado, seria cosa muy absurda; pero ¿lo fué por ventura que tomasen en ello la parte que les permiten las atenciones de la familia? ¿Lo fué que participasen por lo menos de una ligera porcion de los negocios del pais, para penetrarse de ellos y comunicar á sus hijos sus primeros rudimentos? Chaumette les concede el imperio de las

gracias, de la juventud y de la belleza. ¡Frioleras! y caso que les falten estas cualidades ¿como queda el argumento?

Rosa Lacombe desempeñó al parecer la parte de la Praxágoras de las arengadoras de Aristófanes, esa agavilladora de mugeres, que queria traspasar á sus manos el gobierno de la república, so pretexto de que andaba tan mal como el cojo *Æsimus*, y de que los hombres no sabian dirigirlo. No pasaba un dia sin que promoviese algun tumulto, ya sea en el Palacio-Real, ya en el Osario de los Inocentes, y casi siempre con motivo de alguna parte del trage: las mugeres que salian con pantalon encarnado y escarapela sacudian á las que no lo llevaban, ó les aplicaban un castigo vergonzoso. Por fin, apareció un dia una gavilla femenil tan numerosa, tan insolente y desenfrenada, que llamó la atencion del comité de seguridad general, y en la convencion Amar habló en nombre de este comité, diciendo: «Os hago denuncia de que existe una reunion de mas de seis mil mugeres que se dicen jacobinas y una supuesta sociedad revolucionaria: no dudo que muchas de ellas se habrán dejado llevar por un exceso de patriotismo; pero las hay que no son mas que instrumentos de los enemigos de la causa pública, y bajo la máscara de un exagerado patriotismo solo tratan de promover un movimiento seccionario y una especie de contra-revolucion.

«¿Deben las mugeres, añade el orador, ejercer los derechos políticos y mezclarse en los asuntos del gobierno?» Decide que no tienen el entendimiento ni la aplicacion necesarias. «Los derechos políticos del ciudadano consisten en discernir y hacer adoptar las resoluciones concernientes á los intereses del estado, por medio de deliberaciones comparadas, y en hacer resistencia á la opresion. ¿Tienen las mugeres la fuerza física y moral que exige cada uno de estos derechos? La opinion universal desecha esta idea.—¿Deben las mugeres formar una asociacion política? El objeto de las asociaciones populares es: descubrir los manejos de los enemigos de la causa pública; vigilar tanto á los ciudadanos particulares como á los funcionarios públicos, aunque sean del cuerpo legislativo; escitar el zelo de unos y otros con el ejemplo de las virtudes republicanas, é ilustrar al pueblo

por medio de discusiones públicas y meditadas sobre los defectos ó la reforma de las leyes políticas. ¿Pueden acaso las mugeres dedicarse á tan útiles y penosas funciones? Claro está que no, atendida la diferencia de vigor y de físico, y por consiguiente de destino. — Convengo en la necesidad que hay de que se instruyan en los principios de la libertad para hacerla apreciar á sus hijos, de que asistan en las deliberaciones de las secciones, y en las discusiones de las juntas populares; pero, siendo hechas para suavizar las costumbres del hombre, ¿habrán de tomar parte activa en unas discusiones cuyo acaloramiento es incompatible con la apacibilidad y la moderación que forman el embeleso de su sexo?»

« Y por otra parte ¿el pudor les permite á las mugeres salir al público, luchar con los hombres, y discutir á la faz del pueblo sobre cuestiones de que pende la salud de la república? Si en los pueblos antiguos su natural timidez les vedaba presentarse fuera de su familia, ¿quereis que en la república francesa se las vea acudir como el hombre á la tribuna, á las juntas políticas, olvidando el recato, que es el origen de las virtudes de su sexo, y el cuidado de su familia? Otros medios tienen si quieren prestar servicios á la patria: pueden ilustrar á sus esposos, comunicándoles las preciosas reflexiones que les sugiere el sosiego de una vida sedentaria; emplear todo el imperio que el amor les da sobre ellos, para robustecer su amor á la patria; y edificado el hombre por medio de discusiones familiares y pacíficas tenidas en la casa, hará refluir en la sociedad las útiles sugerencias que le habrá dado una muger virtuosa.... Si por otra parte consideramos que la educación política de los hombres está en su aurora, que aun no están desarrollados todos los principios, y que todavía pronunciamos tartamudeando la voz libertad, con mayor fundamento podremos decir que las mugeres están menos ilustradas en los principios, porque su educación moral es casi nula. Añádase á esto que las mugeres á causa de su organización están dispuestas á una exaltación que sería funesta á los negocios públicos, y que pronto veríamos sacrificados los intereses del estado al desvarío y al desorden que puede originar la vivacidad de las pasiones. En-

tregadas al acaloramiento de las discusiones públicas, en vez de inculcar á sus hijos el amor á la patria, solo les imbuirían odio y prevenciones! » Hasta aquí, ya vemos abiertamente declarada la guerra á las mugeres. Amar, aunque menos decisivo y absoluto que Chaumette, puesto que les permite instruirse en los principios de libertad para encarecerlos á sus hijos, y discutirlos en el seno de la familia, prohíbeles sin embargo: 1º mezclarse en los negocios públicos; 2º juntarse en asociaciones políticas; 3º tomar parte en las discusiones de las juntas populares.

El diputado Charlier fué el único miembro que tomó la palabra en pro del bello sexo: sostuvo con calor sus derechos, y declaró que no entendía en que podían fundarse para quitarles el de reunirse. « A no ser que se me conteste, como sucedió en un antiguo concilio, que las mugeres no forman parte del género humano, de ningun modo se les puede quitar este derecho comun á todo ser que piensa. »

Apóyase Bazire en que el gobierno, por el solo hecho de haberse declarado revolucionario, puede tomar todas aquellas medidas que reclame la salud pública, diciendo: « *habeis momentáneamente echado un velo sobre los principios, por temor del abuso que pudiérais hacer de ellos para conducirnos á la contra-revolucion; por consiguiente solo se trata de saber si son ó no peligrosas las sociedades de mugeres. Estos últimos dias hemos visto por experiencia lo muy funestas que son á la pública tranquilidad. Esto supuesto, no se hable mas de principios. Pido que revolucionariamente, y en calidad de medida de seguridad pública, sean prohibidas dichas asociaciones, por lo menos durante la revolucion.* » Este modo de raciocinar era análogo al de Robespierre en la causa de Luis XVI, cuando se discutía la competencia, que dijo: « no se trata de un juicio, sino de una medida de seguridad general (1). »

(1) Habo otro juez de Luis XVI que anduvo todavía mas allá. Manifiéstale un amigo suyo lo muy sorprendido que estaba de que él hubiese votado por la muerte, siendo así que habia dicho el dia anterior que le creía inocente. Sí, efectivamente, y aun le considero tal. — ¡Desgraciado! ¿por qué pues le condenaste? — ¡Qué! ¿imaginas acaso que sea harto puro la sangre de la víctima que inmolamos á la patria? (*Fastos de la anarquía*, por M. A. Jouffroy, tomo II, pág. 5.)

En suma, dióse el decreto asaz caprichoso en que se prohibieron los clubs y sociedades populares de mugeres, cualquiera que fuese su denominacion, y acabó para siempre su efímero reinado en el corto período republicano. Con esto vuelve Rosa otra vez de la realidad á la ficcion: ya no le queda mas recurso que volver á desempeñar sus papeles postizos y trocar la pica ó el sable del setembrista por la chupa de Dorina ó el manto de Hermione. Empero ella era de esas mugeres que quieren ó el imperio ó la nada; y tocóle por suerte esta última, cayendo en uno de sus mas profundos abismos.

Bajé una noche, esplica Villate, á la galería del Luxemburgo para comprar una vela, segun tenia de costumbre, y di con una linda tendera, complaciente, apuesta con sus veinte y cinco alfileres, y muy diestra en ofrecer y despachar las fruslerías que tenia en su parada y formaban todo su comercio. ¿ Quien diria que esa era la célebre Rosa Lacombe, aquella altiva presidenta de la sociedad fraternal de amazonas revolucionarias, aquella famosa actriz á quien encontraba uno por la calle con la cabeza erguida, la vista arrogante, el aire imponente, cual si á todas horas hubiese estado dispuesta á subir en escena para desempeñar su papel? Se ha visto á la cocinera de Menzikoff llegar á ser emperatriz de Rusia; y aquí vemos á Rhodoguna convertida en tendera (1).

Continuó viviendo míseramente de su mezquino negocio, hasta la época en que el directorio fué á instalarse en el salon del Luxemburgo, y la pobre Rosa con su parada tuvieron que afufarse, sin que se haya sabido mas de ellas. Su brillo fué de muy corta duracion, y confirma lo triste de esta sentencia. *Sunt rosæ mundi breves.*

Antes de terminar el presente artículo, trazaremos una breve noticia histórica de los clubs de mugeres. El primero que se instaló recibió el nombre de *sociedad fraternal*, y era otra de las sucursales de la sociedad matriz de los jacobinos,

(1) *Misterio de la madre de Dios*, pág. 40.

que la tomó bajo su inmediata tutela, y le prestó su local para celebrar las sesiones, que tenian lugar los mártes y domingos por la noche; su origen data del año 1791. Los jacobinos le enviaban todos los dias de sesion uno de sus hermanos para instruirle. A imitacion de la sociedad matriz este club de mugeres tuvo asimismo afiliaciones en toda la Francia, hasta en Paris, entre las cuales fué la mas célebre la *sociedad fraternal de los mercados*. Léese en el número 296 del *Monitor* de 1791 que dicha sociedad presentó un proyecto de esposicion sobre la emigracion, y pidió que se declarase que la patria estaba en peligro (1).

Estos clubs tenian mucha conexion con las asociaciones de *mugeres radicales* en Inglaterra.

Léese en el folleto de M. Beaulieu, sobre la revolucion de Francia, página 45, que la sociedad fraternal estaba encargada de preparar, sostener y dar calor á fuerza de osadía, clamores y movimiento, á los golpes de estado populares. Cuando en 1792, el partido republicano provocó la guerra con el Austria, las mugeres de la sociedad fraternal contribuyeron poderosamente á popularizar esta idea: asediaron con peticiones la barra de la asamblea, y pidieron armas para cuidar de la vigilancia de Paris durante la ausencia de sus hermanos que habian de ir á pelear con los déspotas y contra-revolucionarios, y *antes de partir les habian de enseñar el ejercicio*. M. Guitton de Morvaux, á la sazón presidente de la asamblea legislativa, les contestó con mucha dignidad, comparándolas con las mugeres mas virtuosas de la antigüedad romana. Hizose mencion honorífica en el acta de la peticion, y añade el mismo escritor que está en duda si hasta las peticionarias recibieron la *accolade* (abrazo) del presidente. Formaba parte de ese club la muger Colombe, que era la que tenia á su cargo la impresion del diario de

(1) Vide el número del *Correo del departamento* de Gersas, correspondiente al 13 de setiembre de 1791, donde se hace mencion de una sociedad de mugeres llamadas *Amigas de la Constitucion*, establecida en la ciudad de Pau, las cuales solicitaban de la autoridad municipal el permiso para celebrar una fiesta cívica.

Marat, y la misma que se anunció como su enviada cuando fué á pedir á la convencion que se erigiese una estatua al amigo del pueblo.

Formóse otro club no menos famoso de mugeres, bajo el título de *sociedad de mugeres republicanas y revolucionarias*, á principios de 1793, año 1.º, y este era el que presidia Rosa Lacombe, que celebraba las sesiones en el Osario de los Inocentes: fué el mas borrascoso de todos, en términos que unas veces tenian que cerrarle la entrada de la municipalidad por sus arranques estravagantes (31 de mayo de 1793) y otras apuraba la paciencia de los miembros mas exaltados de la convencion y los *comités*, obligándoles á pedir su supresion, la que tuvo lugar á fines de 1793, como acabamos de ver. En vano se presentó en la sesion de la convencion del 7 de noviembre del año II una diputacion de ciudadanas para quejarse y reclamar enérgicamente contra la severidad de aquella medida, alegando que la ley que les prohibia reunirse habia sido arrancada por sorpresa mediante un falso informe: pasóse á la orden del día, con aplausos de todo el salon, y las mugeres peticionarias se vieron obligadas á salir precipitadamente.

Buen cuidado tuvieron las mugeres de la sociedad fraternal de no ser confundidas con las de este último club; y la ciudadana Boudroy, que tenia el café de los Baños Chinescos, en el baluarte Choiseul, y era miembro de aquella sociedad, escribió una carta al *Monitor* en que se esmeraba en prevenir al público contra este error.

Finalmente, fundóse asimismo en 1793 una *sociedad fraternal de ambos sexos*, que no era muy bien vista por el estremo izquierdo, y se distinguió por su adhesion á la peticion de las cuarenta y ocho secciones de Paris sobre las subsistencias. Uno de sus oradores fué detenido por orden de la convencion en el mes de setiembre de 1793.

Es preciso observar que la sociedad fraternal de mugeres que tenia las sesiones en los jacobinos, no fué cerrada hasta despues del 9 thérmidor. Las reaccionarias que habian echado á los hombres de este club á palos y latigazos, aun obraron mas ignominiosamente con las mugeres.

Los clubs tenian continuamente al pueblo en ajitacion, y todos iban á ellos con orgullo á ejercer la soberanía. Despues del club de jacobinos y el de franciscanos, uno de los mas exagerados era el de los *furiosos* (Enragés), que tenia la sesiones en el palacio real: tenia santo y seña siempre que habia que dar algun golpe de mano; todos los actos de la autoridad que no le gustaban, solia quemarlos con ceremonias burlescas; sus gefes principales eran Maillard, Voidel, Saint-Hurugue, Santerre, Henriot, Payan y Lazouski, á quienes llamaban *corta-pescuezos* (casse-cous), y en los casos importantes acaudillaban en persona las columnas del populacho, teniendo fama de desorganizadores de primer orden.

El autor de la *Historia de los jacobinos* hace mencion de una junta secreta, que llama *convencion secretísima*, la cual, segun parece, llevó el timon de todo despues del 31 de mayo, y á propuesta de Juan de Bry organizó la *legion tiranocida*, compuesta de mil doscientos asesinos para despachar á los reyes, habiendo ofrecido el premio de 100.000 francos á los que presentasen las cabezas de Francisco II, Federico Guillermo, el duque de Brunswick y de todos los animales silvestres que se les parecian. M. Delisle de Salle dijo que se trató de organizar un batallon de asesinos á imitacion del *Viejo de la montaña* (1). Tallien habia instituido el club de *Niños encarnados* (Enfans rouges) con el objeto de cuidar de la educacion republicana de los jóvenes de doce á veinte años, esplicarles los principios revolucionarios, y poner á su alcance los decretos de la asamblea.

(1) Continuacion de la historia de Bertrand de Molleville, Introduccion, pág. 8.

NOTA.

No se crea que los días de setiembre compongan las páginas mas sangrientas de los anales de Francia: las escenas de la Saint-Barthelemy ofrecieron

matanzas mucho mas espantosas, y eso que fué por causa pia; y los asesinatos de los Armañques por los Burguifiones parecen haber servido de modelo á los de las cárceles de 1792, siendo así que no tenian por fundamento sino un interés privado. Léase el historiador de esas antiguas reyertas, Marcial de Auvernia (*Vigilias de Carlos VII*), y en sus versos se hallará una descripción que pudiera aplicarse palabra por palabra á lo que tuvo lugar cuatro siglos despues.

LAS FURIAS DE GUILLOTINA.

«**W**uy singular seria la historia de esas infatigables calce-
teras, dice M. Real, que desde el 6 de octubre tomaron una
parte tan activa en la revolucion.» Al recorrer las infinitas
gradaciones de la vasta escala de la degeneracion humana, se
espanta la vista midiendo la inmensa distancia que separa se-
mejantes mugeres de otro órden de mugeres tales como Car-
lota Corday, Lucila Desmoulins, ó Madama Rolland! No
distan tanto los abismos del infierno de las regiones celestes.
¿Quién pudiera formarse una idea de los escrúpulos que han
tenido que vencerse, de los remordimientos que ha habido
que pasar, y del nativo pudor que ha sido preciso supeditar,
para llegar á ese exceso de depravacion y horror? ¡Unas mu-
geres dadas, de cuerpo y alma, al instrumento del suplicio,
aumentando su atrocidad con sus endemoniadas vociferacio-
nes, arrojando siniestros sarcasmos á la sangre que va pronto
á correr y sardónicas carcajadas á la vida que va pronto
á acabar, aferrándose á la tabla fatal para saborear mejor la
lívida palidez, el misterioso temblor y la agonía del mori-
bundo, insultando al cobarde ejecutor, cuyo empleo toma-
rian con deleite, pataleando de gozo en el momento del
cruento holocausto, jadeando de impaciencia tras la víctima